

## BUENAS MANERAS UNA FORMA CONSUMADA DE CARIDAD<sup>15</sup>

### 1. Buenas maneras

Al abordar así un tema, puede dejar la impresión de que se trata de una instrucción a profesoras que deben formar a los adultos del mañana, bien integrados en las convenciones humanas. O de una conferencia didáctica a madres de familia, a fin de que trabajen en el sentido de lograr que sus hijos sean finos, corteses, gentiles, sociables, bien educados, conocedores de la etiqueta y del comportamiento humano. Todo esto en una línea puramente pedagógica. Proponer este tema a la reflexión de los religiosos, puede parecer a primera vista, falto de contenido y hasta impertinencia.

La importancia de este tema, sin embargo, depende de la comprensión que tengamos sobre las buenas maneras. Este vocablo abarca nuestros comportamientos y relacionamientos externos con los otros y cómo, por la vivencia cotidiana, marcamos nuestra presencia en el medio en el cual estamos insertados. Expresa nuestro comportamiento, que, en otras palabras, es el modo de portarse. Analizada la palabra comportamiento: es el portar-se en relación a los otros, implicando reciprocidad; en caso contrario, es un simple portar-se, vuelto hacia el propio individuo. Por eso, el contenido del comportamiento es un conjunto de actitudes y reacciones del individuo frente al medio social, todo fundamentado y vivido a la luz de reglas, usos, costumbres, normas morales y principios éticos. Hay ciertamente, en la raíz de todo esto, un conjunto de convencionalismos y necesidades del momento, con una dosis de salvaguarda de los valores, pero existe, igualmente, un postulado de exigencias innatas para que se pueda establecer un relacionamiento armonioso entre los hombres y los grupos humanos, pues si el grupo reclama un líder para permanecer aglutinado, reclama a la vez leyes y usos y costumbres para evitar confusiones, conflictos, bloqueos en la comunidad social. La unión es la forma de supervivencia de un grupo, la garantía de apuntar a un objetivo común. Por eso nacen formas de comportamiento que conducen a obrar y a pensar dentro de una forma, para huir del caos que ronda a las sociedades y a los grupos. Se levantan barreras al caos, en la medida en que se crean mentalidades relacionadas, relacionamientos comunes, encuentros e intercambios de experiencias, vida que asocia; en la medida, en fin, en que se crea un “lenguaje” común para la expresión, la comunicación o la comunión.

El hombre debe siempre de nuevo, repensar sus relacionamientos, pues, en el correr de los días va entrando arena en la máquina de la comunicación, generando las obstinaciones, aumentando las distancias, disminuyendo los encuentros, banalizando los relacionamientos, materializando los intereses, creando sordera crónica a los llamados, creando los compartimentos estancos o las soledades yuxtapuestas. Entonces no encontramos solamente un grupo dentro del grupo, sino una fragmentación tal que cada individuo se considera grupo, imponiendo sus puntos de vista, subordinando a los demás a sí, colocando el Interés común al servicio de su interés personal, buscando peldaños para su ambición. Nacen las reacciones, los proceder opuestos, los gestos contestatarios, los hábitos y los trajes que chocan a las costumbres tradicionales, la liberación respecto de reglas y convenciones, creando un clima babélico, donde un hombre ya no entiende a otro hombre, obligándolos a separarse, a buscar otros lugares, a abandonar los proyectos comunes, a vagar —extranjeros de afectos y razones comunes— por la aridez del desierto sin hombres, sin vida, sin esperanza, sin mañana.

Las buenas maneras llevan siempre a pensar en el otro, pues son delicadeza en el trato con el otro, consideración del otro, sensibilidad para percibir al compañero de camino, capacidad de planificar con el otro y pensar en el otro, renuncia a los puntos de vista personales. En una palabra: *respeto*. “En las

---

<sup>15</sup> De *Grande Sinal* - Año 33 - Marzo 1979. Tradujo: Ma. Cándida Cymbalista, osb. Monasterio Gozo de María. Córdoba – Argentina.

constituciones y planes oficiales de educación, el respeto y el aprecio a la dignidad humana figuran entre las más elevadas finalidades de la formación. El respeto se dirige a Dios y a los hombres, apareciendo tanto en los mandamientos divinos, que establecen la recta actitud frente a Dios, como en los preceptos que señalan la correcta actitud frente al prójimo”<sup>16</sup>. Goethe hablaba del respeto por lo que está sobre nosotros: Dios; el respeto por lo que está debajo nuestro: la tierra con sus bellezas y riquezas; el respeto a lo que es semejante a nosotros: el hombre; de estos tres respetos brota otro: el respeto a sí mismo, que lleva a desarrollar los tres primeros, haciendo que el hombre alcance la culminación de cuanto es capaz.

Es por ello que sinonimizamos buenas maneras y buena educación, mejor expresada por la palabra “cortesía” que designa el modo de portarse de las cortes o urbanidad (de *urbs*, en oposición al inculto, al rústico), o delicadeza, finura en el trato, llaneza (evocando llano = sincero, franco, no pretencioso, plano, sin accidentes geográficos o dobleces que esconden segundas intenciones), pulimento (de pulido = superficie lisa, sin arrugas o líneas groseras). Recordando el pulimento francés, el poeta Gabriel d’Anunzio escribía: “El francés es un hombre para quien los demás hombres existen...”. Todas estas palabras quieren excluir la mera *exterioridad o apariencia* de bondad y expresar *manifestaciones, concreciones* de algo que refleja nuestro interior. Las buenas maneras no son un barniz sino que nacen de adentro, de un corazón bien formado, de un espíritu bien cultivado, de una visión teológica (presencia de Dios) de la realidad.

Etiqueta fría y buenas maneras no se deben confundir. Por eso repensemos la vieja verdad: las apariencias o formas de expresión pueden cambiar, pero el corazón permanece. La etiqueta impone esquemas de comportamientos rígidos y fríos, dando centímetros a los movimientos y gestos, tonalidad a la voz humana, tamaño-esquema a la risa, como en los tiempos de la reina Victoria. Por lo tanto, las buenas maneras se aprenden y se cultivan. Decía el Cardenal Verdier: “Si no es posible dar a los niños una instrucción social propiamente dicha, nos resta la posibilidad y aun el deber de suministrar a esas jóvenes inteligencias y a esos jóvenes corazones, actitudes y hábitos que los predispongan a comprender y amar mejor el aspecto cristiano de las relaciones sociales”<sup>17</sup>.

## 2. La cortesía del Padre

Afirmamos más arriba: en el fondo de nuestras buenas maneras está una visión interna que dicta nuestro esquema de comportamiento. Fue en esta realidad que Cristo sembró el nuevo mandamiento: la caridad. Palabra vasta e ilimitada, tan llena de contenido, que rompe todas las barreras y límites, que remueve formalidades y amaneramientos huecos, que condena la falsedad trajeada de la diplomacia, porque allí las palabras no quieren significar lo que dicen y los gestos no quieren ser aquello que entrañan. Es diferente la cortesía del Padre.

¡Sí, la cortesía del Padre! Era así como san Francisco de Asís entendía a Mt 5,45: El Padre hace nacer el sol para los buenos y los malos y hace llover sobre justos e injustos: por cortesía. A los cristianos y a Tito, Pablo pedía: No injuriéis a nadie, sed pacíficos, corteses y dad pruebas de mansedumbre para con todos los hombres (Ti 3,1-2). Muchas veces Pablo da esos consejos para que se cultive el respeto y la cortesía (1 Tm 2,3; Rm 13,17; Tt 2). Cuando Cristo recuerda la cortesía del Padre que no hace acepciones al dar el sol y la lluvia, antes recuerda que la razón de amar a los otros reside en el hecho de que somos hijos del mismo Padre. Allí está el secreto: hijos de un Padre cortés, delicado, amoroso, justo, comprensivo, respetuoso, magnánimo, generoso, fiel, sincero, cordial, consecuente. Solo nos resta reproducir en nosotros esas actitudes, pues Cristo no pide mucho: que seamos semejantes al Padre.

Esta cortesía del Padre nos debería envolver y dar sinceridad a nuestra sonrisa, como la dio a la de Juan Pablo I, ayudándonos a ser testimonios de respeto, en un mundo donde ni la proclamación oficial

<sup>16</sup> Hubert HENZ, *Manual de Pedagogía Sistemática*, Herder, S. Pablo, 1970.

<sup>17</sup> H. PRADEL, *El Despertar del Sentido Social*, Ed. Paulinas, S. Pablo, 1967

de los derechos humanos consiguió restablecer el respeto del otro. Como religiosos, tenemos un lenguaje abiertamente a favor de los derechos humanos. Nos valemos de las iras proféticas contra los violadores de estos derechos. Entonamos cantos de rebeldía y hacemos una violenta crítica a la injusticia imperante. Pero corremos un serio riesgo: elaborar todo esto dentro de una mentalidad festiva, dentro de una gran tesis intelectual, de un verbalismo platónico, es decir, pensamos abstractamente a los hombres y sus problemas. Ese grupo que corre con nosotros el diario riesgo, que se empeña más directamente en compartir nuestra experiencia, ¿podrá ese grupo elogiar nuestros comportamientos como respetuosos y cultores de los valores humanos y divinos que cada persona lleva en sí misma?

Me parece que merecemos la observación de Chesterton que, al hablar de san Francisco de Asís, distingue caridad de filantropía: “Puede decirse de un filántropo que su amor se dirige a los antropoides. Sin embargo, así como san Francisco no amó a la humanidad sino al hombre, así no amó al cristianismo, sino a Cristo”<sup>18</sup>. Chesterton distingue con justeza: humanidad-hombre, cristianismo-Cristo. Pues es fácil hablar de postulados humanitarios y defender a la humanidad en bloque, pero el problema se suscita cuando encuentro un hombre concreto, llamando a mi puerta y pidiendo el “certificado” de hermano, o más aún, cuando viene a cobrar sus derechos de hermano. Y no una vez, sino muchas y muchas veces... Escribir sobre cristianismo, hacer su apología o crítica, es relativamente fácil, el problema nace cuando se me pide ser otro Cristo.

En otras palabras, lo difícil es ser continuamente cortés, así como lo es el Padre. Me animo a citar una vez más a Chesterton. Hablando de san Francisco escribe: “Doy fe que, si hubiese alguna cosa de la cual pudiese estar orgulloso un hombre tan humilde, él era orgulloso de sus buenas maneras”<sup>19</sup>. Dice en otra parte: que el único lujo que Francisco guardó de la corte fue la cortesía. Es que la mirada de Francisco se zambullía en la contemplación. Llevaba a su hermano hacia la oración. Penetraba, así, las apariencias y descubría lo esencial. Y allí, bien en el fondo de las personas, descubría que Dios moraba. Cada individuo se tornaba un templo vivo de Dios vivo. Y entonces, ¿qué importancia podría tener la cáscara del templo? ¿Qué diferencia establecía el estilo en el que estuviese construido? ¿Qué mal podía hacer el órgano si desafinaba las melodías oídas? ¿Deberíase acaso, arrojar el templo al exterminio por no conseguir salir incólume de los ataques de la intemperie? ¿Por qué despreciar el templo si Dios nunca saldría de él?

Es esta visión mística del hombre que lo transforma para nosotros en *alabanza*. Alabamos a Dios por el otro. Por todos los otros. Agradecemos a Dios, porque tenemos al otro, así como el otro agradece a Dios por tenernos. Aquí hay otro gran desafío: ser para el otro causa de agradecimiento. Porque, como decía Rossetti, el peor momento del ateo es aquel en que siente la gratitud y no tiene a quien agradecer. ¿No estaríamos, a veces, en esta situación, aun cuando juzgamos la oposición del ateo? ¿Qué momentos de gratitud puede crear la convivencia, la alegría y el dolor compartidos, la dedicación y el sentido profundo de la presencia! Lo amargo de las cosas es la ausencia del sentido de *don del Padre*. Nada sería amargo o pesado si nuestra mirada distinguiese, en todo, el sello del Padre.

En las cartas que día a día nos llegan, aún las ribeteadas de negro, busquemos el remitente. Miremos bien y cuidadosamente pues, en algún bordecito, con letra menuda, debe estar el nombre del Padre. Pero... solamente un mirar transfigurado, iluminado por el amor, será capaz de descubrir esta firma y llenarse de alabanza y de gratitud. Solamente entonces, nuestra vida se transformará en retribución...

### 3. Retribución

No somos lo suficientemente generosos como para ser místicos. La vida diaria nos invita a rever nuestra forma de cortesía, porque estamos llamados a una Familia. Aun cuando cargada de lazos artificiales, es el más escogido campo para una experiencia que se puede tornar maravillosa, si nos

---

<sup>18</sup> *San Francisco de Asís*, Ed. Vecchi, Río, 1961

<sup>19</sup> *Idem*.

entregamos a ella con el valor de los libres, con la firmeza de los hombres de fe, con la tenacidad de los poseídos por la esperanza, con la esperanza de quien cree en la fraternidad, con el fervor de quien se siente y se sabe ligado a Dios por un compromiso realizado con los hombres, con la fidelidad de quien se cree llamado por Dios.

Somos llamados a un proceder cortés. Todos tenemos miedo de pasar por *anormales* y, para no parecer tal, aceptamos juegos desleales y ambiguos, como consecuencia de haber aceptado las coordenadas o puntos de referencia meramente humanos, de los cuales Pablo pide que huyamos. Pues para Dios no valen las apariencias ni las tentativas de solamente agradar. Porque estamos llamados a la retribución, debemos proceder con la sinceridad del Padre. Devolver el amor con que Él nos amó, la generosidad con que fuimos envueltos, la luz con la que fuimos distinguidos, la cortesía con la que somos tratados, día tras día. El medio de devolución escogido por el Padre es el otro, el hermano, que vive a mi lado: todos los hermanos, sin mis elecciones, preferencias, acepciones, condicionamientos, selecciones, tácticas y técnicas sutiles.

Es importante percibir, en mi vivir diario, dónde se encuentran los puntos de fluidez y de obstrucción de mi cortesía o buenas maneras. A través de la evaluación irán apareciendo esos puntos, dando testimonio de nuestra honestidad. Porque la honestidad camina en el terreno de la buena formación, que es también la tierra sobre la que Dios dirige sus ojos esperanzados, con la expectativa divina de ver una recolección plena, en una sementera en la que puso tanto cuidado. En el sol y la lluvia, en la sombra y en la luz de tu día, se elabora –o deja de elaborarse– el plan de Dios.

Me revelo en la mesa de la comunidad o en la mesa del Señor, en la Misa; cuando endulzo la voz o la revisto de censura abierta o velada; cuando respondo con un gesto amigable y paciente, o un gesto y palabra que denotan “punto final”; cuando saludo en sinceridad o apenas llego a una inclinación de cabeza convencional; cuando ando por un pasillo que es habitado por otros que están en un momento de justo reposo y los ignoro con la ostentación de mis pasos, o cuando golpeo las puertas con la violencia de quien piensa sólo en sí mismo; cuando doy a mi voz una tonalidad que obliga a toda la rueda a oír mi zamba preferida; o cuando bajo la voz para que la paz habitada por el otro sea respetada; cuando limpio una sala para que otro se sienta bien y pueda producir más; cuando empleo palabras delicadas y no hago alarde de mis conocimientos de vocabulario, revestidos de apertura y modernidad; cuando me miro en el espejo y tomo como pauta de mi vestir no solamente mi supuesto gusto estético, sino que me acuerdo que los demás también tienen ojos, gusto, sentido crítico; cuando empleo subterfugios para evitar encuentros o aprovecho nuestros muchos corredores para escapar del desafío de mi incapacidad de convivir; cuando en los encuentros familiares apenas estoy de cuerpo presente, sin adhesión; cuando recuerdo las fechas y escribo una tarjeta sin esconderme detrás del “no tuve tiempo” o “ando con la vida tan complicada”; cuando sé que la edad confiere a su portador un conjunto de cualidades que piden consideración o coloco a todo el mundo dentro de mi sistema de “tiempo-actual”; cuando pido un permiso, porque acepté libremente vivir dentro de un sistema de mutuas dependencias o si miro los condicionamientos resultantes de mi compromiso, solamente como trabas para mi auto-realización; cuando el reglamento es visto únicamente como un sistema obsoleto de subordinación, o una fuerza de cohesión fraterna; cuando cultivo la puntualidad como un bien común y como una forma plástica de colaborar con las iniciativas comunitarias, o coloco al grupo reunido a mi servicio, en una espera estéril e irritante; cuando copio actitudes e intento justificarlas con un “todos hacen así” e intento probar que la vida religiosa, en su búsqueda de igualdad, no se debe preocupar por fermentar, pero sí puede dejarse corromper; cuando guardo el orden “porque la persona bien educada es también ordenada; y la maleducada es desordenada”<sup>20</sup>; cuando, junto con la clausura material, intento arrasar con todos los espacios de recogimiento, porque la palabra “convento” es medieval, y es más moderna “departamento”, que por ser tal no puede tener una capilla, un lugar de oración...

¿Y las quejas que tendría Nuestro Señor respecto de nuestras maneras para con Él? ¿Cómo nos calificaría Cristo, tan fino y educado, tan delicado, con tan buen sentido que, a través de su obrar,

---

<sup>20</sup> Hubert HENZ, *op cit.*

arrancaba aplausos de las almas, simples? ¿Cómo respondió Él a la insinuación de Marta sobre la inactividad de María? Él, que no pensó en el cansancio ni se refirió a él cuando las madres le trajeron los niños. Él, que en la Última Cena no quiso denunciar al traidor delante de sus compañeros. Él, que interpretó los deseos de una visita de aquel hombrecito trepado en el árbol. Él, que esperó la hora propicia para recordar a su hospedero que había olvidado los más elementales principios de hospitalidad. Él, que permitió a Magdalena que lo tocara, a pesar de los fingidos escalofríos de la hipócrita asistencia. Él que se arrodilló con naturalidad a los pies de los apóstoles, lavándolos después de la caminata. Él, que se confesaba capaz de buscar a la oveja perdida, alzarla sin acritud y reprensiones y reconducirla al redil. Él, que delante de los apóstoles percibió al pueblo hambriento en la soledad, sin pan, del desierto. Él, que aún sabiendo que su condición lo dispensaba del impuesto legal al templo, no dejó de cumplir esta exigencia. Él, que limpió al templo de los intrusos y criticó acerbamente a los profanadores del sagrado recinto. Él, que, cercado de enemigos, pensó en los suyos y, muriendo en la cruz, salvó al compañero de sufrimiento y rogó por los autores del sufrimiento...

#### *4. Concluyendo: la estatura de Cristo*

Este Señor se dice nuestro Maestro. Os di ejemplo: pido imitación. Haced lo mismo: ante los hombres, reproducid sus gestos. San Pablo lanza el desafío: procurar descubrir las verdaderas dimensiones de Cristo: la longitud, anchura, altura y profundidad de su amor, para que así alcancemos la *estatura* de Cristo. “Estar tan próximo a Dios, cuanto lo estás de tu vecino”, tal vez parezca una frase literaria, pero es la teología llamándonos a la responsabilidad. La gente se cree próxima a Dios en los entusiasmos, en las horas de oración, en la comunión, en los momentos de experiencia personal con El. Pero no olvidemos: cuando El nos posee, nos envía. María fue visitada por el Padre, fecundada por el Espíritu y habitada por el Hijo y su primer gesto fue una visita para ponerse al servicio. ¡Cuántas cosas sobre las buenas maneras nos enseñaría esta Señora, en su vida casera de Nazareth, en sus relacionamientos, ella que por delicadeza y cortesía arrancó del hijo, antes de tiempo, el primer milagro en Caná para que los novios y sus familiares no sufriesen vergüenza ante los convidados! Ella ayudó a Cristo a alcanzar su estatura... ¡Que ella y su Hijo vengán en nuestro auxilio, para tener éxito en la difícil tarea de alcanzar la estatura de Cristo!

*Río de Janeiro*